

Begoña Ugalde Pascual

Copyright © 2020. Begoña Ugalde Pascual. This text may be archived and redistributed both in electronic form and in hard copy, provided that the author and journal are properly cited and no fee is charged.

Hablar con pocas horas de sueño en el cuerpo acerca de una literatura salvaje

Texto leído en el primer festival de Literatura Latinoamericana en la librería Lata Peinada, el sábado 26 de octubre de 2019, en Barcelona.

Para hablar del llamado Boom actual de escritoras Latinoamericanas, en cuales pueden ser sus causas, su origen, en qué lo mueve o motiva, pienso en qué está pasando ahora mismo en ese territorio donde nací y crecí. Pero no pienso sólo en mi país. Porque en esta ciudad he conocido amigas latinoamericanas, que me han hablado de las realidades de sus lugares de nacimiento. Y hay tantas situaciones que nos hermanan.

Pienso en Trump, en Bolsonaro, y en la visita de Piñera a estos dos sujetos mundialmente conocidos por su forma odiosa, racista, homofóbica de ¿gobernar?

Pienso en la represión que sufrió hace poco el pueblo ecuatoriano, en la guerra que hace décadas azota Colombia, en la caravana migrante y los niños y niñas encarceladas en las fronteras, en la dictadura nicaragüense, en la profunda crisis que vive Venezuela, en la inflación insostenible de Argentina, en las indígenas castradas a la fuerza y hace tan poco en el Perú de Fujimori.

Pienso en la revolución que hay en Haití, país abandonado en la miseria, a la que los medios no dan cobertura.

Pienso en la Amazonía en llamas. En los ríos secuestrados y que de pronto reaparecen. En los glaciares derretidos con máquinas para sacar el oro que esconden.

Pienso en el mar envenenado, en los ríos amazónicos manchados con petróleo, y en el litio boliviano que está costando defender.

Pienso en los animales preciosos que se extinguen.

Pienso en que desde los distintos países que conforman esa enorme porción de tierra, no para de haber conflictos sociales donde la gente común y corriente es siempre la más afectada.

Pensaba aprovechar esta instancia para hablar de víctimas, de muertos, de la gente que ha sido injustamente detenida, torturada y asesinada, desde el día 19 de Octubre en mi país. Porque todo eso está sucediendo en este momento en Chile, donde como en la peor pesadilla setentera, el presidente dio la orden, a la primera manifestación de hartazgo por tanta explotación e injusticia, de sacar a los militares a la calle.

Iba a hablar de represión. A poner el énfasis en visibilizar toda esta violencia absurda. Pero hoy me desperté viendo imágenes hermosas: más de un millón de personas manifestándose de manera pacífica en el centro de la capital. Pidiendo un cambio de constitución, pidiendo el fin de la violencia, un cambio de paradigma. Gracias a que la gente ha perdido el miedo y está unida. Gracias a que parece que ya no hay nada que perder. Y los artistas y la gente sensible, no han parado de llamar a esa unión, a ese despertar.

Se trata de una catarsis colectiva. De sacudirse de encima leyes antiguas, patriarcales. Mandatos que hace tiempo nos hacen daño y no nos dejan ver ni sentir con claridad.

Creo que la literatura latinoamericana hoy, escrita por mujeres, es ese ejercicio. Ver formas claras en la oscuridad. Distinguir posibilidades en esas formas. Reconocer los fantasmas. Dirigirse a ellos sin miedo. Describirllos. Reconocerlos e incluso entablar una especie de amistad para darles voz y al fin liberarlos. Para que partan de una vez al más allá, o al reino de la nada, o a donde encuentren descanso. O para que tomen otro cuerpo.

Es literatura escrita con visión felina. Es escritura de animales nocturnos. Que salen cuando se pone el sol, a moverse sigilosamente por lugares transformados por la sombra.

Para perderse en la noche, sin dar explicaciones después.

Es una escritura que se lame las heridas. Que se da el tiempo de hacerlo. Que hace de esa limpieza un ritual.

Es una escritura que a ratos desconfía. Desconfiada del amo.

Es la gata que no ha sido castrada y sale a cazar. Y trae pájaros muertos en su boca porque no le teme a la sangre, ni a las plumas, ni al desgarrar.

Es al mismo tiempo una escritura pájara. Un ave rara que va del campo a la ciudad. Y de la ciudad al campo.

Y sabe acomodarse en la copa de los árboles, en las cornisas de los edificios, y también en los escombros.

Porque sabe hacer nido en cualquier lado.

Porque está acostumbrada a la precariedad. Y hace de esa precariedad un lenguaje.

No tengo miedo de caer en lo caricaturesco, en enfatizar esa idea falsa y a la vez certera de lo que viene del “sur” : la literatura latinoamericana, actual, escrita por mujeres, es un animal salvaje, o encarna su espíritu, su nahual, porque es una escritura conectada profundamente a la pulsión de vida y muerte, porque la naturaleza allá, aunque no se cansen de saquearla, para sostener los privilegios del primer mundo, está más presente, más viva, menos domesticada que en este hemisferio.

Las mujeres, las artistas y escritoras que admiro, están conectadas con la vida, insisto, y con el lenguaje, de una manera explosiva.

Es un lenguaje híbrido, donde por lo bajo aún suenan las lenguas originarias, las palabras indígenas.

Es un castellano sucio, mestizo, luminoso, encendido y oscuro.

Un lenguaje y un léxico que se reinventa y no para de mutar.

Un lenguaje guiña, huacho, detonao. A veces ilegible para estos lados, pero orgánico.

Un lenguaje que no teme incendiarse en su juego con las palabras. Que dice sin decir totalmente. Que dice algo mientras dice otra cosa.

Es una escritura irreverente, que habla del cansancio, de la sangre menstrual, y del síndrome pre-menstrual también. Habla del malestar, del hartazgo, y de las dimensiones desconocidas que abre el placer y el orgasmo. De los cuerpos que están, de la relación

con esos cuerpos. De lo invasivos o cómplices que pueden llegar a ser.

Habla de fantasmas. A través de fantasmas. De los cuerpos que faltan. De los muertos que no han sido enterrados.

Habla del trabajo dentro y fuera de casa. De rutina y de fiestas que terminan al amanecer. De fantasías y fantasmas (ya dije) que rondan de día y de noche. De complicidad y traición entre pares.

Habla de desobediencia y también desde la rabia del sometimiento.

Habla de masturbación, de auto-conocimiento, y de descubrir otros cuerpos. Otros seres. Otras conciencias.

Se abre de piernas, tiende una mano, dice palabrotas, y también chistes.

Es una escritura que se ríe en la cara de otros, del opresor, y también de sí misma.

Una escritura que se apropia de las palabras que hasta ahora sólo usaban los hombres. Y que no tiene miedo de usar palabras inventadas, que recién se pusieron de moda, o son parte de una jerga popular que entienden pocas.

Es una belleza nueva, descarada, arrebatada, magnética.

Son ciudades escondidas, como los templos sobre los que los conquistadores construyeron sus iglesias.

Son callejones sin salida, y también pasajes, donde las vecinas sacan las mesas a la calle y toman té, el mate, el tereré, el cafecito, para pasar la tarde.

Un callejón donde luego se hace de noche y se arma ahí mismo una fiesta improvisada, una fiesta ansiosa, porque en cualquier momento puede llegar la policía.

Es una madeja de lana que se desenreda entre todas. Una bola de pelo que vomitan los gatos, después de limpiarse durante días.

Es un dolor que vamos deshilvanando. Un cariñito que nos hacemos, porque lo merecemos, porque es urgente, porque nos duele una herida antigua, heredada de nuestras abuelas, nuestras madres.

Porque no queremos heredarla a nuestras hijas. Ni a nuestras gatas. O perras.

Es una literatura de amigas. Donde se describe otro tipo de penas de amor.

Que habla sin complejos desde la intimidad (que no se mal entienda, es muy política) porque la herida muchas veces se hizo desde la propia casa. La hizo el hermano, el vecino, el padre, el marido o el supuesto amigo.

Es una escritura que habla de teorías raras, de formas diferentes de comprender la realidad.
Es una escritura que cuenta secretos, porque tal vez no hubo otro espacio para escucharlos.

Yo empecé a escribir porque, como a tantas otras, me faltaba esa contención. Porque me sentía sola. Los libros fueron ese espacio. Y cuando quise hablar, cuando necesité ser escuchada, me puse a escribir, contestando mentalmente a los escritos de otras.

Para poder “copuchar”, o cotillear con ellas.

Para poner en palabras el extrañamiento de estar viva, de que tu cuerpo cambie de manera explosiva.

Y también tu mundo interior.

Cuando pienso en lo que se está escribiendo hoy, en el país donde crecí, pienso en la urgencia. de dar cuenta de lo que está pasando, de la violencia Estatal, cotidiana. Porque los medios están del lado del poder, y el poder está en contra de la gente, es un mensaje, repito urgente. Que se entrega contra el tiempo porque la gente no solo pide cosas básicas, como salud, educación, vivienda, áreas verdes, sino que tiene hambre. No es exagerado entonces decir que la escritura de latinoamericana es una manifestación “hambreada”. Que va contra el tiempo.

Pienso en cómo esa urgencia afecta la forma, el tono, el nivel de afectación.

Pienso en la conciencia respecto a la urgencia de que estos mensajes sean reproducidos.

Y por ello en las estrategias de difusión, de circulación de los discursos: mujeres editando y haciendo ellas los libros. Mujeres metidas en la cadena de producción de sus textos y los textos de sus amigas. Sabiendo que no es un gran negocio. Que se tendrá que trabajar paralelamente en otras cosas porque es casi imposible vivir de la escritura.

Estos días he visto, desvelada, nerviosa, muchas imágenes que me gustaría no haber visto nunca: militares en las calles que pasan lanzando lacrimógenas a niños y niñas y gente mayor. Gente herida, con balines en el cuerpo, con los ojos reventados.

Militares disparando a los fotógrafos que intentan dejar constancia de la violencia desmedida.

Militares disparando a gente que intentó abrazarlos para que dejaran de intimidar a gente de su misma clase social.

Policías aspirando cocaína en plena calle para ir a reprimir con más fuerza.

Pegándoles a personas que simplemente van pasando por una estrecha vereda en Valparaíso. Sin armas. Sin decir nada. Vestidas como yo, como mis amigas. Intentando protegerse con sus manos del golpe de la luma.

Gente secuestrada desde el interior de sus casas, como en plena dictadura.

No poder caminar por la calle. No poder avanzar tranquila. No poder avanzar.

¿Se imaginan cómo puede sentirse eso?

¿Ahora se entiende cuando hablo de la urgencia?

Cuando no puedes llegar a fin de mes aunque trabajes todo el día.

Cuando duermes mal porque sabes que necesitarás otra vida para pagar todas tus deudas.

¿Qué tipo de infancia tuvo alguien que cree que puede golpear a otra?

¿Qué tipo de educación?

¿Quiénes son realmente sus enemigos? ¿Nuestros enemigos?

La guerra no es un juego, y la literatura latinoamericana de mujeres tampoco. Es arte no es juego. Y sería hermoso que lo fuera, pero es que la vida. LA VIDA. La vida de personas sintientes y pensantes está en juego. Su respiración. Su inteligencia, su valentía está en juego, ahora mismo.

La literatura latinoamericana de mujeres juega, insisto, con el lenguaje, pero dice cosas importantes. Cosas que tenemos que tomar en serio. Cómo cuidarnos, cómo cuidar el agua, el aire, la tierra, los recursos que se agotan.

Cómo defendernos del abuso, cómo enfrentarlo cuando ya está encriptado en la memoria, marcado a fuego en el cuerpo.

Cómo enfrentarnos sin opresión a la tarea de criar-crear-trabajar día a día. Con rabia y claridad, pero sin engendrar textos-obras que sean un castigo para otras.

Veo amor en los textos de mis amigas. Generosidad. Trucos de supervivencia. Mundos alucinados. Mundos donde yo quiero vivir.

La nuestra es una escritura coral, un tejido de voces que se sabe a sí mismo y se entiende como un todo.

Una escritura que desafía los géneros, en todo sentido.

Una escritura profundamente conectada con la vida y la muerte que en ella está presente, y con la literatura que habla de la vida y la muerte, sin distinciones.

Una escritura transformadora. Una escritura útil en el más amplio sentido de la palabra.

*

Mientras escribo esto en la biblioteca, sentada en un cómodo cojín, veo noticias en las redes. Intercalo mis frases con imágenes de una ciudad ahogada en lacrimógenas. De una primera línea lanzando piedras a un “guanaco”. De una niña siendo arrastrada por tres policías mientras ella grita PAPÁ. Reviso los post de mis amigos y amigas. Intento saber lo que piensan, lo que sienten. Si tienen miedo. Si están sanas y salvas.

No puede parar de hacerlo. Creo que mantiene viva la ilusión de estar cerca. Y sé que es mentira, porque sus cuerpos, su respiración, su humor, su inteligencia, su valentía, sus ideas e ideales están a más de doce mil kilómetros de aquí. Lo cierto es que yo allá ahora no existo.

Mientras escribo esto, frente a mí, un adolescente de ojos rasgados, está concentrado también en su teléfono. Juega un juego de guerra. Lo sé porque escucho el sonido de las balas y sonrío cada vez que adentro de su pantalla algo explota. ¿A quién mata con sus dedos de niño? ¿Quién es mentalmente su enemigo? ¿Es posible tener un enemigo abstracto? ¿Qué significa un enemigo sin cuerpo? ¿Cuáles son mis propios enemigos imaginarios? Pienso en el presidente de Chile declarándoles la guerra a los habitantes del país que gobierna. Pienso en la liviandad de esas palabras, y también en sus consecuencias. La guerra no es un juego. Nunca. Y el arte tampoco es un juego, pienso, aunque a veces eso quisiéramos. Sería hermoso que lo fuera. Pero es que la vida de esa gente que amo. Sus mentes, sus ideas brillantes u opacas. Está en juego también.

La literatura Latinoamericana de mujeres juega con el lenguaje, pero dice cosas

importantes, cosas que tenemos que tomar en serio. Insisto en esto. Porque cuando hay una amenaza directa a la vida, es importante diferenciar bien la ficción de lo real. Aunque la literatura esté siempre difuminando ese límite. Aunque sabemos que también escribir se trata de tensionar que es lo real o sus posibilidades. Que cuando la vida, la rutina, la dignidad es amenazada, no es fácil distinguir entre literatura y vida.

Una bala imaginaria no es lo mismo que un arcoíris, o un río, o un mundo donde las mujeres pueden andar solas por la calle de noche sin sentir miedo.

Por eso pienso decirle al chico que juegue a otra cosa. Que me desconcentra. Que no dispare. ¿Pero qué puedo decirle yo? ¿Cómo saber qué tipo de guerra hay en su país de origen? He visto también las manifestaciones en Hong Kong, en que llevan meses combatiendo con la policía, en una guerra de luces que parece del futuro, en que ha habido mucha represión pero ningún muerto.

Pienso en que es mejor reprimir las ganas de regañar al chico que se entretiene viendo estallar cuerpos pixelados, viendo saltar por los aires sus órganos, un viernes por la tarde, en la biblioteca de su barrio, en vez de estar jugando con otros chicos de su edad.

Mejor soy yo la que me voy, la que salgo a la noche, a respirar un poco.

Afuera de la biblioteca hay un grupo de trans bolivianas ensayando una Saya. Las lentejuelas de sus trajes brillan como un arcoíris bajo el alumbrado público. Y un poco más allá, un grupo de niños y niñas orientales bailan también, coordinadamente, con las cabecitas adornadas con flores, y cuernos de unicornio. Una mujer les indica los pasos a seguir. Ellas se ríen y la imitan. Yo también me río con ellas, por primera vez en el día.

Begoña Ugalde Pascual (Santiago de Chile, 1984) es licenciada en Literatura Hispánica en la Universidad de Chile y máster en Creación Literaria en la Universidad Pompeu Fabra. Ha publicado los poemarios *El cielo de los animales*, *Thriller*, *La virgen de las Antenas*, *Lunares*, *Poemas sobre mi normalidad*, *La fiesta vacía*. Es autora de diversas obras teatrales y ha obtenido varios reconocimientos literarios, entre los que destacan la Beca Fundación Pablo Neruda (2004), el primer puesto en el concurso Santiago en 100 palabras (2011), la beca del Royal Court Theater (2013-2014), la beca de creación literaria del Fondo del libro (2009-2016) y el primer lugar en el Premio Francesc Candell (2017). Es también editora e imparte talleres de escritura.